

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

Los tres espejos.

PLÁTICA Á LAS HIJAS DE SANTA TERESA.

Vengo á enseñaros una ciencia superior á las especulaciones mas sublimes; ciencia en cuya comparacion nada valen las piedras mas preciosas, ni merecen estimacion alguna el oro y los topacios. Es la ciencia del propio conocimiento de vuestro sér, de vuestros deberes y de vuestro destino; ciencia que voy á significar con una historia por todo extremo interesante y expresiva.

Habia en un colegio de señoritas una jóven muy piadosa que á veces daba acogida en su corazon á pensamientos de vanidad. Un dia escribió á su madre, diciendo que á la mayor brevedad le enviase un espejo para su tocador. Al punto respondió la madre, que de buen grado accedia

á sus deseos; solo que en vez de un espejo, le enviaba tres. En el primero, decia la buena madre, verás *lo que crea*; en el segundo *lo que serás*; y en el tercero *lo que debes de ser*.

Cuando hubo terminado la lectura de la carta, la jóven saltaba de gozo, y formaba mil conjeturas sobre el regalo de su madre. Esperaba impaciente la llegada de la caja. Contaba los dias, las horas, los minutos que pasaban sin recibir la anunciada remesa. En fin, despues de tres mortales dias que le parecieron tres siglos, llegó una caja: asi que se la hubieron entregado, se la llevó corriendo y encerrándose en su cuarto, se dió prisa á abrirla.

Lo primero que se presentó á su vista, fué un paquete cuidadosamente envuelto, y marcado con el número uno. Estaba conmo-

vida, el corazón latía con fuerza extraordinaria. Abrió el paquete con precaución, y halló un modesto, pero fiel espejo que según la promesa de su buena madre le manifestó *lo que era*: su juventud, su lozanía, su belleza; en una palabra, las gracias y los encantos de la primavera de la vida. ¡Oh! ¡qué buena es mi madre! dijo la jóven; y loca de contento sacó el segundo paquete. Abrióle con curiosidad y se halló... un cuadro que representaba una calavera, otro fiel espejo *de lo que habría de ser un día*. Comprendo la lección, dijo la jóven y estuvo contemplando más tiempo el segundo espejo que el primero.

Faltaba el tercer paquete. Con cierto temor, se puso á abrirlo; sin embargo, rompió animosa la envoltura, y un grito de alegría se escapó de su pecho, pues halló envuelta en paño de seda una preciosa imágen de la Inmaculada. Hé aquí, exclamó la jóven, *lo que debo ser*, ó el precioso modelo que debo imitar, y le imitaré con la gracia de Dios. Y besando el cuadro de la Purísima se arrodilló para rezar ante la Virgen por sí y por la madre de su corazón.

Estadme atentas, y os haré ver *lo que sois, lo que sereis y lo que debéis ser*.

Lo que sois, es el primer punto que voy á explicar sin otra mira que la de vuestra instrucción y aprovechamiento.

Sois jóvenes, llenas de vida, de frescura, de fuerza, de viveza y lozanía. Teneis un cuerpo, maravilla de la creación material, animado por un espíritu sublime, inmortal, poco menos que los espíritus angélicos. No es la materia todo vuestro sér; no es vuestro cuerpo, con ser tan grande maravilla, ni lo principal en vuestra naturaleza, ni lo que os dá forma ni nombre. No sois puro espíritu, ni solo materia. Constaís de cuerpo y alma racional; el cuerpo que se torna ceniza, y el alma que es inmortal; el cuerpo que siendo frágil barro, en polvo se ha de convertir; el alma que siendo espiritual, no ha de morir; cuerpo y alma que en la resurrección de la carne volverán á unirse con lazada que jamás se romperá, apareciendo cada una de vosotras como fué en su vida mortal.

Venis, pues, de Dios: imágen y semejanza sois de Dios. Teneis un alma racional que piensa, que entiende, que compone, que quiere, ó no quiere, que determina y resuelve. Pero siempre debe pensar y entender pensamientos santos, y honestos; siempre debe

querer y obrar lo que á Dios agrada; siempre debe aborrecer, y rechazar lo que á Dios ofende y lo que á vuestra grandeza, dignidad y destino se opone, y de cualquier manera perjudica.

Sois cristianas, y debéis honrar tan noble blason, tan glorioso título con una vida limpia, piadosa, modesta, adornada con todo género de virtudes.

Sois hijas de María Inmaculada y de Santa Teresa de Jesús, altísima dignidad, dicha inefable que debéis estimar sobre todas las dichas. Que el mundo tribute sus obsequios á las hijas del mundo, esclavas de la vanidad, y víctimas de la seducción; que esas jóvenes desvanecidas cifren su dicha en lucir y brillar ante los ojos del mundo. Pensad, vosotras, en lucir y resplandecer como hijas de María por vuestra virtud, y como hijas de Teresa por vuestro recato.

Pensad, vosotras, que la humildad es la verdad, y que nada os interesa tanto como conocer *lo que sois* para dar gracias á Dios por los beneficios de la creación, redención y santificación, y que no hay ciencia tan saludable como saber y meditar *lo que sereis*.

Z. M.

(Continuará.)

Hemos recibido el primer número de la nueva Revista titulada *La Dominical*. Damos la bienvenida á nuestro colega, deseamosle todo género de prosperidades, y con el mayor gusto establecemos el cambio.

—=—

El mundo católico está dando elocuentísimo testimonio de firmísima adhesión á la Cátedra de San Pedro así como de incomparable generosidad para con el augusto Pobre del Vaticano.

La Ciudad de los Papas ve llegar todos los días á su seno un número considerable de regalos para el Papa, y un sin número de cajones que contienen objetos de gran valor artístico para la exposición Vaticana.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Curación milagrosa.

(Continuación).

Se le proporcionó un hábito del Nazareno, y á la vista de su madre y otras personas de la familia se vistió por su mano.

Todos se resistían á creer que la parálisis había desaparecido.

Pero ella, ligeramente apoyada en el brazo de su padre, llegó hasta la imagen del Sagrado Corazón, se hincó de rodillas, y derramando abundantes lágrimas permaneció así media hora.

Nadie se daba cuenta cómo había podido resistir la ropa sobre la llaga, y luego se vió con sorpresa que la mitad se hallaba recubierta con una costra y el resto en vías de resolución.

Al día siguiente la cicatrización fué completa.

Los médicos, que en el día anterior la curaban como enferma en gravísimo estado, se quedaron llenos de estupor y asombro.

El pueblo de Cangas acudió en masa á la morada de la señorita doña Balbina Zabala, la cual se niega á recibir el menor elogio, y suplica y pide que se olvide todo y que la dejen.

Con las exageraciones del vulgo se pone de mal humor, y con las dudas y reticencias de las señoras semilustradas, se sonríe con una humildad imponente.

Al momento se dispuso una gran función, y la fama del milagro voló por toda la provincia y hoy es objeto de vivos comentarios en la prensa de Madrid y especialmente desde que *La Correspondencia de España* del 18 del actual dió la noticia.

La joven Balbina se empeñó en acompañar la imagen hasta Cangas. Toda la familia y los médicos se oponían, pues al cabo de ocho años era imposible que pudiera dar un paso.

Balbina exclamó sonriendo:

—No temais; tengo fuerzas para ir á Cangas con el Sagrado Corazón y volver á mi casa.

Y así fué; Balbina, seguida de un gentío inmenso, fué hasta Cangas por su pié y volvió, caminando nada menos que dos kilómetros sin manifestar cansancio.

Según las últimas noticias, la joven Balbina continúa perfectamente y cada día cobrando más fuerzas, pero abstraída á todas horas en profundas meditaciones.

Tales son los hechos testimoniados por docenas de personas respetables y por centenares de hombres y mujeres del vulgo.

Tenemos la seguridad de que nadie ha de atreverse á pedir pruebas de los hechos anteriores, porque todos sabemos que así como el reto dirigido por una persona respetable á los libre pensadores de Francia y España, acerca de los milagros de Lourdes, ha sido esquivado ó rehuido después de haberse aceptado al principio, nuestro reto sería también despreciado ó desatendido.

Pero regociyémonos los que sentimos arder en nuestras almas la divina llama de la fé católica, y pidamos á Dios por esos desgraciados que á los llamamientos del Señor, responden satánicamente con la sonrisa volteriana del desprecio y de la duda.

UN CATÓLICO.

(*El Pensamiento Gallego.*)

Una madre.

Alumbraba luz trémula un espacioso salón; reinaba en él silencio tristísimo; la muerte se había sentado á la cabecera del lecho en que yacía una mujer.

Era joven todavía; mas la tristeza que encerraba en su corazón consumiéndola, al fin, como gusano que roe y marchita la flor más lozana y hermosa.

Negro hábito se extendía sobre el le-

cho. ¡Vestido de muerte que debía llevar á la eternidad!

¡Aquella mujer iba á morir, y era madre!

Tenia cerrados los ojos; oíase solo en el silencio su fatigado respirar; la luz entristecía las sombras.

Abrió al fin, lentamente, sus párpados pesados, y suspiró.

Vió á su hija puesta en pié al lado de la cama, pálida y bella, con la frente caída sobre el pecho; y gimió de lo íntimo de sus entrañas.

Y dijo con voz apagada:

—¡Hija mía!

Acercóse la hija, é inclinándose besó la frente de su madre.

Pero como estuviere aquella frente muy fría, estremeciéndose, y cayó una lágrima sobre ella.

Y al notar el temblor la madre, y al sentir aquella lágrima, pintóse en su semblante un amor y una agonía inconcebibles.

Y dijo á su hija:

—¡Acercas la luz, hija mía!

Y ésta acercó la luz: su madre abrió entonces unos ojos muy grandes y los clavó en su hija con amor, con ansia, con codicia.

Los tenía sin pestañear, cual si estuviere encantada; cual si viera una vision, así los tenía clavados.

Y se asustaba su hija y decía:

—¡Madre, madre mía!

Y su madre, mirándola fijamente, al cabo de un instante dijo:

—No me canso de mirarte.

Entonces la hija se echó á llorar, y cayó de rodillas al pié de la cama.

Pasados algunos instantes, la madre fué alargando una mano extenuada y pálida, la puso sobre la cabeza, y la llevó despues á los ojos de su hija, bañados en lágrimas.

—¡Lloras, hija mía?... Lloras, porque vas á quedarte huérfana y sola en el mundo.

Pues escucha: nuestro Dios es nuestro Padre; aquí está ahora; á las dos nos mira; Él me dejaría en el mundo si necesitasaras de mí; me llama... y se queda en lugar mío.

Bendigamos su bondad. ¡Pero, hija, hija mía! ¡Dejarte á los quince años, en medio de las seducciones del mundo! Yo no quiero morir, Dios mío!

Alzó entonces la jóven su frente, y oprimida de dolor, pero con ternura increíble, dijo:

—Nuestro Dios es nuestro Padre; Él os dejará en el mundo, porque ve que necesito de vos; será mi Padre desde el cielo.

Meneando tristemente la cabeza, replicó la madre:

—No, no; se aproxima la hora; me ha parecido ver la sombra y oír la voz de mi madre que me llamaba... ¡Acércate! ¡acércate á mí, hija mía! Abrázame... así... ¡mas estrechamente! Y escucha la voz de una madre que va á entrar en el sepulcro; es lo mas tierno y sagrado que hay en la tierra. ¡Olvidarás tú sus consejos?

—¡Nunca, madre mía!

—Yo lo veré desde el cielo... Vas á quedar huérfana, y eres hermosa; me pareces un ángel: ¡hija mía!... Y al verte hermosa como un ángel, tiemblo... Estás

en la primavera de tu vida, y conservas el candor de la inocencia; pero vas á entrar en un mundo corrompido. Y te verás cercada de hombres que esparcirán flores á tus piés; quemarán incienso ante tus ojos para que no veas, y resbales y caigas... La inocencia es una flor; si la tocan, se ha marchitado... Te he dicho mil veces que solo la virtud nos hace felices; ahora mas que nunca lo conozco. ¡Ahora que voy á morir! La virtud nos conserva en el amor de Dios, que ha de juzgarnos, y nos hace vivir contentos con nosotros mismos; es la paz del alma que entrevé la gloria de Dios.

Oye, hija mia: el cielo y la tierra dicen que la castidad es en la mujer la primera de sus virtudes; la guarda del rubor... Despues del temor de Dios, no hay temor mas bello: Dios lo ha concedido á la mujer como una defensa y como un encanto. Mientras conserva el rubor, el cielo la ama, y el mundo, áun á pesar suyo, la respeta, cual si viese en la frente de la virgen una corona hecha por ángeles.

Pero ¿sabes tú lo que viene á ser una mujer impura?... Es una especie de monstruo que el hombre vicioso busca, y cuanto mas busca, mas desprecia...

¡Hija mia! ¡Pobre hija mia! Yo no quiero morir, no quiero dejarte...

Lanzó un grito al decir esto la madre, y abrazó á la jóven con tanta fuerza cual si quisiera metérsela en el corazón.

Quedaron ambas por breve rato en silencio.

Al fin, cubriendo á la madre de besos, dijo tímidamente la hija:

—Madre mia, vuestras palabras guardaré, mientras viva, en el alma; y seré

buena como vos; y como vos viviré dichosa y tranquila.

—¡Tranquila!--respondió dolorosamente la Madre,—¡lo estaré en el sepulcro!

Y calló.

Y despues murmurando, y como luchando entre sí, pensaba: «¿Se lo diré? ¿Por qué no? Se lo diré: le será provechoso.»

—Hija mia,—dijo esforzando la voz,—¿me amas?... Sí, me amas mucho; lo sé: como debe amar una hija á su madre, que por ella solo vive, y solo por ella le duele en este instante morir... Mil veces te lo he dicho: todos somos frágiles y estamos expuestos á caer.... Pero la caída y desgracia del pecador enseña tanto como la constancia y felicidad del justo.

Niña como tú, fui tambien como lo eres candorosa y sencilla; pero abrigaba un corazón apasionado y una ardiente imaginación.

Puse el pié en el camino de la vida, y parecióme el mundo un país encantado; brillaba en los paseos; arrebatava tiernas miradas en las reuniones; los hombres me rodearon para llamarme hermosa. Mi alma se agitaba codiciando embriagarse de amor; mi espíritu inquieto anhelaba saberlo todo. ¡Supe demasiado por mi mal!... Amé á un hombre; mostréme indigno de mi amor; venguéme de él, afanándome para agradar á muchos. ¡Desventurada de mí!... Oí las doctrinas mas corruptoras; vi los ejemplos mas inmorales; y eso que tenia una madre... ¡Dios mio, perdonad á mi madre!

Mi espíritu no pudo resistir, y se disipó; juzgué que todo en el mundo era

corrupcion, que no habia sobre la tierra virtud; y... ¡ay de mí!... ¿Qué podré decirle á Dios cuando me exija le muestre mi túnica blanca? ¿Qué, cuando me pida la terrible cuenta? ¡Oh, que horror!... Yo solo podré decir que fui muy desgraciada. Mi semblante aparecía sereno, mis labios á veces sonreían, pero mi corazón lloraba; yo encerraba en él todos mis dolores... me lo destrozaban; moría... Me revolcaba per el cieno; tenia horror á tanta inmundicia, y no podia despegarme de ella... Dios me castigaba inexorablemente; me abandonaba á mí misma y estaba en el infierno... Un camino de salvacion me quedaba, mas nunca me decidia á lanzarme en él, nunca á huir del aire de corrupcion que respiraba, á regenerar mi alma con la oracion y la soledad.

¡Ay! ¡bien me acuerdo de tí, á quien tanto amé, que con tanta lealtad me amaste, si amar es desear ver en el cielo lo que se ha querido sobre la tierra, si amar es estar pronto á verter toda la sangre porque yo borrarse mi ignominia con una penitencia sublime!... Mucho te ame, pero fui ingrata; no quise poner por tí mi amor en el cielo... Dios, en fin, se acordó de mí en su misericordia; una enfermedad me mostró de cerca el sepulcro y la eternidad... Hice voto á Dios, que hiriéndome se mostraba piadoso, y vuelta á la vida, pasé llorando tres años á la sombra del Santuario. Las lágrimas de la penitencia serenaron las tempestades del corazón, y el aspecto de la inocencia y de la virtud me hizo cobrar al vicio un horror invencible... Y, sin embargo, el recuerdo solo de mis faltas me

aterra; háme seguido siempre como una sombra, y siempre he deseado estar á solas para llorar... ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Yo no quiero morir, no quiero dejarte, hija mía!

Calló; y cerrando los ojos, parecía quedar desmayada; su hija, ocultando la cara con sus manos trémulas, sollozaba.

Pero de repente y cual si la arrebatase inspiracion diuina, alzó su cabeza y gritó:

—¡Madre mía!

Su madre abrió los ojos.

Postróse de rodillas la hija y le pidió que la bendijera.

Puesta en pié miró por breve espacio su madre y á un Crucifijo que á la cabecera del lecho colgaba.

Ya no habia en su semblante lagrimas, reinaba en él una santa y magestuosa tristeza.

Al fin abrió los labios y un ángel habló por su boca.

—¡Madre mía! Os amo cual una hija debe amar á su madre, que por ella solo vive, y solo por ella le duele morir... Si vivís, yo viviré por vos á vuestro lado; si nuestro Padre os llama, yo me consagraré á su santo servicio y le rogaré que acepte mis oraciones y me reúna con vos ¡madre mía! en su cielo.

Poco despues espiró la madre.

Trascurridos tres años resonaba, bajo unas bóvedas sagradas, el canto de muerte y de gloria entonado por las castas esposas de Jesucristo.

En medio de aquella iglesia se alzaba un túmulo; en aquel túmulo habia una mujer.

Y adornaba su frente una corona de rosas blancas, y quien contemplara su semblante no dijera sino que acababa de dormirse al son de las arpas celestiales.

ANTONIO APARISI GUIJARRO.
(Del *Semanario Católico*.)

—=—
La Hermana de la Caridad.
(*Recuerdos de Gran-Canaria.*)

—
Débiles y flacos seres, realizan valientemente todas las grandezas y heroismos de los hombres.

Las Hermanas de la Caridad, alentadas solo por ardiente caridad cristiana é inspiradas por purísimo amor á sus semejantes desdichados, son aun mas grandes que el héroe de los campos de batalla, á quien muchas veces espolean más el orgullo, la rabia y la sed de lauros, que el bienestar y las necesidades de la patria.

Allí están tranquilas y solícitas, mientras el fragor del cañon ensordece los aires, junto al soldado que necesita remedios para las heridas del cuerpo y consuelo para las heridas del alma.

¿Y qué misteriosa fuerza vigoriza y sostiene por modo milagroso esos cuerpos endebles, al tiempo que infunde en sus espíritus valor y serenidad heróicos?

Fácil es adivinarlo: la fé, la sublime fé en las doctrinas del Crucificado en las cumbres del Gólgota, fé que todo lo purifica, fé á cuyo contacto todo se engrandece y agiganta.

Despojada de la fé cristiana, engendradora de tantas heroicidades, y las Hermanas de la Caridad, ante el ruido

de un cañonazo, ante el quejido desgarrador de un moribundo, correrán espantadas y trémulas en busca de oculto refugio.

La fé las sostiene en medio del estruendo de los combates; la fé hace compatibles á esos ángeles del bien y de la paz con los horrores y crueldades de la guerra.

Y ellas son, sin perseguir ruínmemente los honores del triunfo, las mas admirables heroínas de las batallas.

Pero no las compadezcáis, que ellas saben el valor de las recompensas que aguardan. No son las glorias de la tierra son las glorias del cielo las que buscan.

A. de la Cruz Prieto.

(Se continuará.)

Coleccion

DE

Sermones, homilias y panegíricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

